

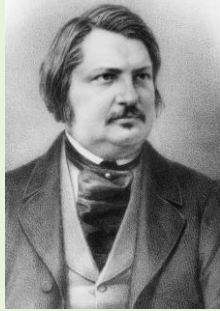


Novela realista del s. XIX

Antología de textos

FRANCIA

• H. BALZAC (1799-1850)



En cualquier situación, las mujeres tienen más motivos de sufrimiento que los hombres y padecen más que ellos. El hombre cuenta con la fuerza y con el ejercicio de su pujanza: actúa, piensa, abarca el porvenir del que obtiene consuelos. Es lo que hacía Carlos. Pero la mujer se queda quieta, cara a cara con su dolor; nada la distrae; descende hasta el fondo del abismo, lo mide y a menudo lo colma con sus anhelos y sus lágrimas. Es lo que hacía Eugenia. De este modo se iniciaba en su destino. Sentir, amar, sufrir, sacrificarse, éste será siempre el texto de la vida femenina. Y Eugenia debía ser mujer en todo, excepto en su aptitud para consolarse. Su dicha, reunida como los clavos esparcidos por la muralla, según la sublime expresión de Bossuet, ni un día colmó el cuenco de su mano. Las penas, que nunca se hacen esperar, para ella madrugaron. Al día siguiente de la marcha de Carlos, la casa Grandet recobró su fisonomía para todos, menos para Eugenia que se sobrecogió de sentirla tan vacía.

Sin que su padre se enterase, consiguió que la habitación de Carlos quedase en el estado en que la dejara. La señora Grandet y Nanon se prestaron de buena gana a conservar aquel statu quo.

—¿Quién sabe si volverá más pronto de lo que esperamos? —dijo ella.

—¡Ah, querría ya que volviese a estar aquí! —contestó Nanon—. ¡Me había acostumbrado a verlo! Era un señorito tan bueno, tan dulce, casi tan lindo y tan rizado como una chica.

Eugenia miró a Nanón.

—¡Virgen santa! ¡Señorita, no ponga usted estos ojos que serán la perdición de su alma! No mire usted el mundo de ese modo. Desde aquel día, la belleza de la señorita Grandet tomó un carácter nuevo.

Los graves pensamientos de amor que poco a poco invadían su alma, la dignidad de la mujer amada, dieron a sus rasgos una especie de resplandor que los pintores suelen expresar mediante la aureola. Cuando todavía no conocía a su primo se podía comparar a Eugenia con la Virgen antes de la concepción; cuando su primo se marchó, se la podía comparar con la Virgen Madre: había concebido el amor.

Eugène Grandet.

• STHENDAL (1783-1842)



La pequeña ciudad de Verrières puede pasar por una de las más lindas del Franco Condado. Sus casas, blancas como la nieve y techadas con teja roja, escalan la estribación de una colina, cuyas sinuosidades más insignificantes dibujan las copas de vigorosos castaños. El Doubs se desliza inquieto algunos centenares de pies por bajo de la base de las fortificaciones, edificadas en otro tiempo por los españoles y hoy en ruinas.

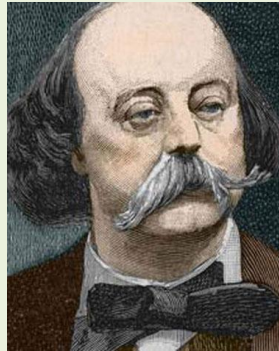
Una montaña elevada defiende a Verrières por su lado Norte. Los picachos de la tal montaña, llamada Verra, y que es una de las ramificaciones del Jura, se visten de nieve en los primeros días de octubre. Un torrente, que desciende precipitado de la montaña, atraviesa a Verrières y mueve una porción de sierras mecánicas, antes de verter en el Doubs su violento caudal. La mayor parte de los habitantes de la ciudad, más campesinos que ciudadanos, disfrutan de un bienestar relativo, merced a la industria de aserrar maderas, aunque, a decir verdad, no son las sierras las que han enriquecido a nuestra pequeña ciudad, sino la fábrica de telas pintadas llamadas de Mulhouse, cuyos rendimientos han remozado casi todas las fachadas de las casas, después de la caída de Napoleón.

Aturde al viajero que entra en la ciudad el estrépito ensordecedor de una máquina de terrible apariencia. Una rueda movida por el torrente, levanta veinte mazos pesadísimos, que, al caer, producen un estruendo que hace retemblar el pavimento de las calles. Cada uno de esos mazos fabrica diariamente una infinidad de millares de clavos. Muchachas deliciosas, frescas y bonitas, ofrecen al rudo beso de los mazos barras de hierro, que éstos transforman en clavos en un abrir y cerrar de ojos. Esta labor, que a primera vista parece ruda, es una de las que en mayor grado sorprenden y maravillan al viajero que penetra por vez primera en las montañas que forman la divisoria entre Francia y Helvecia. Si el viajero, al entrar en Verrières, siente a la vista de la fábrica de clavos el aguijón de la curiosidad, y pregunta quién es el dueño de aquella manifestación del genio humano, que ensordece y aturde a las personas que suben por la calle Mayor, le contestarán:

-¡Oh! ¡Esta fábrica es del señor alcalde!

Royo y negro. Cap. LXXI

• G. FLAUBERT (1821-1880)



Caían las sombras de la tarde, el sol horizontal que pasaba entre las ramas le deslumbraba los ojos. Por un lado y por otro, en torno a ella, en las hojas o en el suelo, temblaban unas manchas luminosas, como si unos colibríes al volar hubiesen esparcido sus plumas. El silencio era total; algo suave parecía salir de los árboles; Emma se sentía el corazón, cuyos latidos recomenzaban, y la sangre que corría por su carne como un río de leche. Entonces oyó a lo lejos, más allá del bosque, sobre las otras colinas, un grito vago y prolongado, una voz que se perdía y ella la escuchaba en silencio, mezclándose como una música a las últimas vibraciones de sus nervios alterados. Rodolfo, con el cigarro entre los dientes, recomponía con su navaja una de las riendas que se había roto.

Regresaron a Yonville por el mismo camino, volvieron a ver sobre el barro las huellas de sus caballos, unas al lado de las otras, y los mismos matorrales, las mismas piedras en la hierba. Nada había cambiado en torno a ellos; y sin embargo, para ella había ocurrido algo más importante que si las montañas se hubiesen desplazado. Rodolfo de vez en cuando se inclinaba y le tomaba la mano para besársela.

¡Estaba encantadora a caballo! Erguida, con su talle fino, la rodilla doblada sobre las crines del animal y ligeramente coloreada por el aire libre sobre el fondo rojizo de la tarde.

Al entrar en Yonville caracoleó sobre el pavimento.

Desde las ventanas la miraban.

Su marido en la cena le encontró buen aspecto; pero ella pareció no oírlo cuando le preguntó sobre su paseo; y siguió con el codo al borde de su plato, entre las dos velas encendidas.

-¡Emma! -dijo él.

-¿Qué?

-Bueno, he pasado esta tarde por casa del señor Alexandre. Tiene una vieja potranca todavía muy buena, con una pequeña herida en la rodilla solamente, y que nos dejaría, estoy seguro, por unos cien escudos...

Y añadió:

-Incluso pensando que te gustaría, la he apalabrado..., la he comprado... ¿He hecho bien? ¡Dímelo!

Ella movió la cabeza en señal de asentimiento; luego, un cuarto de hora después:

-Sales esta noche? -preguntó ella.

-Sí, ¿por qué?

-¡Oh!, nada, nada, querido.

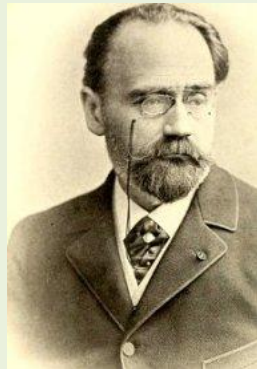
Y cuando quedó libre de Carlos, Emma subió a encerrarse en su habitación. Al principio sintió como un mareo; veía los árboles, los caminos, las cunetas, a Rodolfo, y se sentía todavía estrechada entre sus brazos, mientras que se estremecía el follaje y silbaban los juncos.

Pero al verse en el espejo se asustó de su cara. Nunca había tenido los ojos tan grandes, tan negros ni tan profundos. Algo sutil esparcido sobre su persona la transfiguraba.

Se repetía: «¡Tengo un amante!, ¡un amante!», deleitándose en esta idea, como si sintiese renacer en ella otra pubertad. Iba, pues, a poseer por fin esos goces del amor, esa fiebre de felicidad que tanto había ansiado.

Madame Bovary. Segunda parte; cap. IX

• E. ZOLA (1840-1902)



Culpa era del matrimonio, si cada vez se hundían más. Pero son cosas que no se dicen nunca, sobre todo cuando se está enfangado. Acusaban a su mala suerte y achacaban la culpa a Dios. La casa era un infierno. Se pasaban el día entero insultándose. Pero, a pesar de ello, aún no habían llegado a las manos; apenas si alguna bofetada escapada en el ardor de la disputa. Lo más triste era que habían abierto la jaula del cariño y los sentimientos se habían volado como pajarillos. El calorcillo de padres, madres e hijos, cuando se mantienen en apretado haz, se apartaba de ellos, los dejaba tiritando, cada uno por su lado. Los tres, Coupeau, Gervasia y Naná, estaban siempre de punta, comiéndose por cualquier cosa, con los ojos llenos de odio; parecía que algo se había roto en la familia, el mecanismo que, entre las gentes felices, hace latir los corazones al unísono. Lo que era ahora, Gervasia no se emocionaba como otras veces cuando veía a Coupeau en el borde de los aleros, a doce o quince metros de la acera. Ella no le hubiera empujado, pero si se hubiera caído de por sí, se habría desembarazado la superficie de la tierra de una bien pequeña cosa. Los días en que el ambiente andaba caldeado, ella le gritaba que cuándo llegaría el día en que le trajeran en una camilla. Ella esperaba esto, sería su felicidad verlo así. ¿Para qué servía ese borracho? Para hacerla llorar, para comerle todo, para empujarla al mal. Los hombres tan poco útiles debían echarlos lo más pronto posible al hoyo, para danzar sobre ellos la polka de la libertad. Y cuando la madre decía: «¡Mátate!» la hija respondía: «¡Aplástate!» Naná leía en los periódicos los accidentes, y hacía reflexiones de hija desnaturalizada. Su padre tenía tal

suerte que un ómnibus lo había atropellado sin haberle quitado ni la borrachera. ¿Cuándo reventará semejante burro?

En medio de aquella existencia enfurecida por la miseria, Gervasia sufría por su hambre y por la de los que oía estertorar a su alrededor. Aquel rincón de la casa era el de los piojosos, donde tres o cuatro matrimonios parecían haberse puesto de acuerdo para no tener pan todos los días. Ya podían abrirse las puertas, que no dejaban escapar ningún olor a cocina. A todo lo largo del pasillo había un silencio de muerte, y las paredes sonaban a hueco, como vientres vacíos. De vez en cuando se oían palizas, llantos de mujer, alaridos de pequeñuelos hambrientos, familias que parecían devorarse unas a otras para engañar sus estómagos. Vivíase en un continuo calambre de los gaznates y oíanse los bostezos de todas aquellas abiertas bocas. Con sólo respirar aquel aire enrarecido, donde los moscardones no podían vivir a falta de cosas que comer, los pechos se hundían.

La taberna.

.....

Callaban un instante, y si el viejo Buenamuerte estaba allí por casualidad, abría los ojos, sorprendido, porque en sus tiempos nadie se ocupaba en semejantes cosas: se nacía entre el carbón, se trabajaba en la mina, se moría cuando menos se pensaba, y aquí paz y después gloria: mientras que ahora todos los carboneros tenían ambiciones desmedidas.

-No hay que hacerse ilusiones -añadía-. Los jefes son a menudo unos canallas; pero siempre ha de haber jefes, y es inútil romperse la cabeza pensando en esas cosas.

Entonces Esteban se exaltaba. ¡Cómo! ¿Había de estar prohibido al obrero pensar como los demás? ¡Pues precisamente porque pensaba no tardarían en variar las cosas! En los tiempos del viejo, el minero vivía en la mina como un animal, como una máquina de sacar carbón, siempre debajo de tierra, y con los oídos y los ojos cerrados a los acontecimientos del mundo. Por eso los ricos, que oían y veían, lo explotaban despiadadamente, sin que él lo advirtiese. Pero ahora el minero se ilustraba; y el día menos pensado le verían conquistando sus derechos, uniéndose en apretado haz y formando un ejército de hombres libres que restablecerán la justicia. ¿Acaso desde la revolución no eran iguales todos los ciudadanos? Las grandes Compañías con sus máquinas de vapor lo acaparaban todo, y ya no tenían contra ellas ni siquiera la garantía de otros tiempos, cuando la gente de oficio se reunía para defenderse. Por eso, ¡maldita sea!, y por otras cosas más, era evidente que la cuerda se había de romper muy pronto, gracias a la instrucción del obrero.

No había que ver más que lo que pasaba en el barrio, sin ir más lejos: los abuelos no sabían ni escribir sus nombres, los padres firmaban y los hijos leían y escribían como unos profesores. ¡Ah! La cosa marchaba poquito a poco, pero con paso seguro. Desde el momento en que no se veía cada cual relegado a un sitio determinado para toda la vida y que podía tener la ambición de ocupar el sitio del vecino, ¿porqué no se había de andar a puñetazos y tratar de ser el más fuerte?

Maheu, aunque entusiasmado, continuaba desconfiando mucho del éxito.

-En cuanto uno hace lo más mínimo -decía-, le despiden y se queda sin trabajo. Tiene razón mi padre; el minero será siempre al que le toque perder, sin la esperanza siquiera de comer todos los días. Esto está perdido, y no cambiará.

La mujer de Maheu, que hacía rato estaba silenciosa, exclamó entonces, como saliendo de un sueño profundo:

-¡Si siquiera fuera verdad lo que cuentan los curas; que los pobres de aquí son ricos en la otra vida!

Una carcajada general la interrumpió: hasta los chiquillos se encogieron de hombros, porque eran incrédulos como los mayores, sin más creencia que el temor a los aparecidos de la mina, pero burlándose de todo cuanto decía la Iglesia.

-¡Al diablo los curas! -exclamaba Maheu, siempre que su mujer hablaba de ellos-. Si creyeran lo que dicen, comerían menos y trabajarían más, para conquistar un buen sitio en el cielo. No; cuando se muere uno, muerto se queda, y se acabó.

Germinal. III Parte; Capítulo III

RUSIA

• F. DOSTOIEVSKI (1821-1881)



En primer lugar, todo me parecía muy sucio, algo así como moralmente sucio e indecente. No me refiero, ni mucho menos, a esas caras ávidas e intranquilas que a decenas, hasta a centenares, se agolpan alrededor de las mesas de juego. Francamente, no veo nada sucio en el deseo de ganar lo más posible y cuanto antes: siempre he tenido por muy necia la opinión de un moralista acaudalado y bien nutrido, quien, oyendo decir a alguien, por vía de justificación, que «al fin y al cabo estaba apostando cantidades pequeñas», contestó: «Tanto peor, pues el afán de lucro también será mezquino». ¡Como si ese afán no fuera el mismo cuando se gana poco que cuando se gana mucho! Es cuestión de proporción. Lo que para Rothschild es poco, para mí es la riqueza; y si de lo que se trata es de ingresos o ganancias, entonces no es sólo en la ruleta, sino en cualquier transacción, donde uno le saca a otro lo que puede. Que las ganancias y las pérdidas sean en general algo repulsivo es otra cuestión que no voy a resolver aquí.

Puesto que yo mismo sentía agudamente el afán de lucro, toda esa codicia y toda esa porquería codiciosa me resultaban, cuando entré en la sala, convenientes y, por así decirlo, familiares. Nada más agradable que cuando puede uno dejarse de cumplidos en su trato con

otro y cada cual se comporta abiertamente, a la pata la llana. ¿Y de qué sirve engañarse a sí mismo? ¡Qué menester tan trivial y poco provechoso! Repelente en particular, a primera vista, en toda esa chusma de la ruleta era el respeto con que miraba lo que se estaba haciendo, la seriedad, mejor dicho, la deferencia con que se agolpaba en torno a las mesas.(...)

Este desconocimiento completo de la realidad, esta ingenua visión de lo que es la gente, son, por supuesto, típicos de la más refinada aristocracia. Vi que muchas mamás empujaban adelante a sus hijas, jovencitas inocentes y elegantes de quince o dieciséis años, y les daban unas monedas de oro para enseñarlas a jugar. La señorita ganaba o perdía sonriendo y se marchaba tan satisfecha.

Nuestro general se acercó a la mesa con aire grave e imponente. Un lacayo corrió a ofrecerle una silla, pero él ni siquiera le vio. Con mucha lentitud sacó el portamonedas; de él, con mucha lentitud, extrajo trescientos francos en oro, los apuntó al negro y ganó. No recogió lo ganado y lo dejó en la mesa. Salió el negro otra vez y tampoco recogió lo ganado. Y cuando la tercera vez salió el rojo, perdió de un golpe mil doscientos francos. Se retiró sonriendo y sin perder la dignidad. Yo estaba seguro de que por dentro iba consumido de rabia y que si la puesta hubiera sido dos o tres veces mayor, hubiera perdido la serenidad y dado suelta a su turbación. Por otra parte, un francés, en mi presencia, ganó y perdió hasta treinta mil francos, alegre y tranquilamente.

El caballero auténtico, aunque pierda cuanto tiene, no debe alterarse. El dinero está tan por bajo de la dignidad de un caballero que casi no vale la pena pensar en él. Sería muy aristocrático, por supuesto, no darse cuenta de la cochambre de toda esa chusma y esa escena. A veces, sin embargo, no es menos aristocrático y refinado el darse cuenta, es decir, observar con cuidado, examinar con impertinentes, como si dijéramos, a toda esa chusma; pero sólo viendo en esa cochambre y en toda esa muchedumbre una forma especial de pasatiempo, un espectáculo organizado para divertir a los caballeros.

Uno puede abrirse paso entre el gentío y mirar en torno, pero con el pleno convencimiento de que, en rigor, uno es sólo observador y de ningún modo parte del grupo. Pero, por otro lado, no se debe observar con demasiada atención, pues ello sería actitud impropia de un caballero, ya que al fin y al cabo el espectáculo no merece ser observado larga y atentamente; y sabido es que pocos espectáculos son dignos de la cuidadosa atención de un caballero. Sin embargo, a mí me parecía que todo esto merecía la atención más solícita, especialmente cuando venía aquí no sólo para observar, sino para formar parte, sincera y conscientemente, de esa chusma. En cuanto a mis convicciones morales más íntimas, es claro que no hallan acomodo en el presente razonamiento. En fin, ¡qué le vamos a hacer! Hablo sólo para desahogar mi conciencia. Pero una cosa sí haré notar: que últimamente me ha sido -no sé por qué- profundamente repulsivo ajustar mi conducta y mis pensamientos a cualquier género de patrón moral. Era otro patrón el que me guiaba...

El jugador. Cap. II

.....

Como en su visita anterior, Raskolnikof vio que la puerta se entreabría y que en la estrecha abertura aparecían dos ojos penetrantes que le miraban con desconfianza desde la sombra.

En este momento, el joven perdió la sangre fría y cometió una imprudencia que estuvo a punto de echarlo todo a perder.

Temiendo que la vieja, atemorizada ante la idea de verse a solas con un hombre cuyo aspecto no tenía nada de tranquilizador, intentara cerrar la puerta, Raskolnikof lo impidió mediante un fuerte tirón. La usurera quedó paralizada, pero no soltó el pestillo aunque poco faltó para que cayera de bruces. Después, viendo que la vieja permanecía obstinadamente en el umbral, para no dejarle el paso libre, él se fue derecho a ella. Alena Ivanovna, aterrada, dio un salto atrás e intentó decir algo. Pero no pudo pronunciar una sola palabra y se quedó mirando al joven con los ojos muy abiertos.

-Buenas tardes, Alena Ivanovna -empezó a decir en el tono más indiferente que le fue posible adoptar. Pero sus esfuerzos fueron inútiles: hablaba con voz entrecortada, le temblaban las manos-. Le traigo..., le traigo... una cosa para empeñar... Pero entremos: quiero que la vea a la luz.

Y entró en el piso sin esperar a que la vieja lo invitara. Ella corrió tras él, dando suelta a su lengua.

-¡Oiga! ¿Quién es usted? ¿Qué desea?

-Ya me conoce usted, Alena Ivanovna. Soy Raskolnikof... Tenga; aquí tiene aquello de que le hablé el otro día.

Le ofrecía el paquetito. Ella lo miró, como dispuesta a cogerlo, pero inmediatamente cambió de opinión. Levantó los ojos y los fijó en el intruso. Lo observó con mirada penetrante, con un gesto de desconfianza e indignación. Pasó un minuto. Raskolnikof incluso creyó descubrir un chispazo de burla en aquellos ojillos, como si la vieja lo hubiese adivinado todo.

Notó que perdía la calma, que tenía miedo, tanto, que habría huido si aquel mudo examen se hubiese prolongado medio minuto más.

-¿Por qué me mira así, como si no me conociera? -exclamó Raskolnikof de pronto, indignado también-. Si le conviene este objeto, lo toma; si no, me dirigiré a otra parte. No tengo por qué perder el tiempo.

Dijo esto sin poder contenerse, a pesar suyo, pero su actitud resuelta pareció ahuyentar los celos de Alena Ivanovna.

-¡Es que lo has presentado de un modo!

Y, mirando el paquetito, preguntó:

-¿Qué me traes?

-Una pitillera de plata. Ya le hablé de ella la última vez que estuve aquí.

Alena Ivanovna tendió la mano.

-Pero, ¿qué te ocurre? Estás pálido, las manos te tiemblan. ¿Estás enfermo?

-Tengo fiebre -repuso Raskolnikof con voz anhelante. Y añadió, con un visible esfuerzo:-
¿Cómo no ha de estar uno pálido cuando no come?

Las fuerzas volvían a abandonarle, pero su contestación pareció sincera. La usurera le quitó el paquetito de las manos.

-Pero ¿qué es esto? -volvió a preguntar, sopesándolo y dirigiendo nuevamente a Raskolnikof una larga y penetrante mirada.

-Una pitillera... de plata... Véala.

-Pues no parece que esto sea de plata... ¡Sí que la has atado bien!

Se acercó a la lámpara (todas las ventanas estaban cerradas, a pesar del calor asfixiante) y empezó a luchar por deshacer los nudos, dando la espalda a Raskolnikof y olvidándose de él momentáneamente.

Raskolnikof se desabrochó el gabán y sacó el hacha del nudo corredizo, pero la mantuvo debajo del abrigo, empuñándola con la mano derecha. En las dos manos sentía una tremenda debilidad y un embotamiento creciente. Temiendo estaba que el hacha se le cayese. De pronto, la cabeza empezó a darle vueltas.

-Pero ¿cómo demonio has atado esto? ¡Vaya un enredo! -exclamó la vieja, volviendo un poco la cabeza hacia Raskolnikof.

No había que perder ni un segundo. Sacó el hacha de debajo del abrigo, la levantó con las dos manos y, sin violencia, con un movimiento casi maquinal, la dejó caer sobre la cabeza de la vieja.

Raskolnikof creyó que las fuerzas le habían abandonado para siempre, pero notó que las recuperaba después de haber dado el hachazo.

La vieja, como de costumbre, no llevaba nada en la cabeza. Sus cabellos, grises, ralos, empapados en aceite, se agrupaban en una pequeña trenza que hacía pensar en la cola de una rata, y que un trozo de peine de asta mantenía fija en la nuca. Como era de escasa estatura, el hacha la alcanzó en la parte anterior de la cabeza. La víctima lanzó un débil grito y perdió el equilibrio. Lo único que tuvo tiempo de hacer fue sujetarse la cabeza con las manos. En una de ellas tenía aún el paquetito. Raskolnikof le dio con todas sus fuerzas dos nuevos hachazos en el mismo sitio, y la sangre manó a borbotones, como de un recipiente que se hubiera volcado. El cuerpo de la víctima se desplomó definitivamente. Raskolnikof retrocedió para dejarlo caer. Luego se inclinó sobre la cara de la vieja. Ya no vivía. Sus ojos estaban tan abiertos, que parecían a punto de salirse de las órbitas. Su frente y todo su rostro estaban rígidos y desfigurados por las convulsiones de la agonía.

Raskolnikof dejó el hacha en el suelo, junto al cadáver, y empezó a registrar, procurando no mancharse de sangre, el bolsillo derecho, aquel bolsillo de donde él había visto, en su última visita, que la vieja sacaba las llaves. Conservaba plenamente la lucidez; no estaba aturdido; no sentía vértigos. Más adelante recordó que en aquellos momentos había procedido con gran atención y prudencia, que incluso había sido capaz de poner sus cinco sentidos en evitar

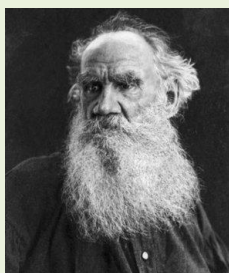
mancharse de sangre... Pronto encontró las llaves, agrupadas en aquel llavero de acero que él ya había visto.

Corrió con las llaves al dormitorio. Era una pieza de medianas dimensiones. A un lado había una gran vitrina llena de figuras de santos; al otro, un gran lecho, perfectamente limpio y protegido por una cubierta acolchada confeccionada con trozos de seda de tamaño y color diferentes. Adosada a otra pared había una cómoda. Al acercarse a ella le ocurrió algo extraño: apenas empezó a probar las llaves para intentar abrir los cajones experimentó una sacudida. La tentación de dejarlo todo y marcharse le asaltó de súbito. Pero estas vacilaciones sólo duraron unos instantes. Era demasiado tarde para retroceder. Y cuando sonreía, extrañado de haber tenido semejante ocurrencia, otro pensamiento, una idea realmente inquietante, se apoderó de su imaginación. Se dijo que acaso la vieja no hubiese muerto, que tal vez volviese en sí... Dejó las llaves y la cómoda y corrió hacia el cuerpo yaciente. Cogió el hacha, la levantó..., pero no llegó a dejarla caer: era indudable que la vieja estaba muerta.

Se inclinó sobre el cadáver para examinarlo de cerca y observó que tenía el cráneo abierto. Iba a tocarlo con el dedo, pero cambió de opinión: esta prueba era innecesaria.

Crimen y Castigo. Primera Parte. Cap. VII

• L. TOLSTOI (1828-1910)



Ana Karenina leía y se enteraba de lo que leía, pero la lectura, es decir, el hecho de interesarse en la vida de los demás, le era intolerable, tenía demasiado deseo de vivir por sí misma.

Si la heroína de su novela cuidaba a un enfermo, Ana habría deseado entrar ella misma con pasos suaves en la alcoba del paciente; si un miembro del Parlamento pronunciaba un discurso, Ana habría deseado pronunciarlo ella; si lady Mary galopaba tras su trailla, desesperando a su nuera y sorprendiendo a las gentes con su audacia, Ana habría deseado hallarse en su lugar.

Pero era en vano. Debía contentarse con la lectura, mientras daba vueltas a la plegadera entre sus menudas manos.

El héroe de su novela empezaba ya a alcanzar la plenitud de su británica felicidad: obtenía un título de baronet y unas propiedades, y Ana sentía deseo de irse con él a aquellas tierras. De pronto la Karenina experimentó la impresión de que su héroe debía de sentirse avergonzado y que ella participaba de su vergüenza. Pero ¿por qué?

«¿De qué tengo que avergonzarme?», se preguntó con indignación y sorpresa. Y dejando la lectura, se reclinó en su butaca, oprimiendo la plegadera entre sus manos nerviosas.

¿Qué había hecho? Recordó la sucedido en Moscú, donde todo había sido magnífico. Se acordó del baile, de Vronsky y de su rostro de enamorado enloquecido, de su conducta con respecto a él... Nada había que la pudiese avergonzar. Y, no obstante, al llegar a este punto de sus recuerdos, volvía a renacer en ella el sentimiento de vergüenza. Parecía como si en el hecho de recordarle una voz interior le murmurase, a propósito de él: «Tú ardes, tú ardes. Esto es un fuego, es un fuego». Bueno, ¿y qué?

«¿Qué significa todo eso?», se preguntó, moviéndose con inquietud en su butaca. «¿Temo mirar ese recuerdo cara a cara? ¿Por ventura, entre ese joven oficial y yo existen otras relaciones que las que puede haber entre dos personas cualesquiera?»

Sonrió con desdén y volvió a tomar el libro; pero ya no le fue posible comprender nada de su lectura. Pasó la plegadera por el cristal cubierto de escarcha, luego aplicó a su mejilla la superficie lisa y fría de la hoja, y poco faltó para que estallara a reír de la alegría que súbitamente se habla apoderado de ella. Notaba sus nervios cada vez más tensos, sus ojos cada vez más abiertos, sus manos y pies cada vez más crispados. Padecía una especie de sofocación y le parecía que en aquella penumbra las imágenes y los sonidos la impresionaban con un extraordinario vigor.

Ana Karenina. Primera parte. Cap. XXIX

.....

La tarde del 25 de agosto, clara y soleada, el príncipe Andrés se hallaba echado, recostada la cabeza sobre una mano, en una choza medio hundida de Kanizakovo, en los confines de la posición de su regimiento. Por el agujero del muro agrietado miraba la línea de viejos árboles, sus ramas cortadas, la cabaña, con las gavillas de cebada y los matorrales, por encima de los cuales divisaba la humareda de las hogueras en que los soldados hacían su comida.

A pesar de que su vida le parecía bastante mezquina, inútil y penosa, el príncipe Andrés se sentía tan emocionado y nervioso como, siete años atrás, la víspera de la batalla de Austerlitz.

Había recibido y transmitido las órdenes para el día siguiente, no quedándole ya nada que hacer, pero los pensamientos más sencillos, los más claros y, por ende, los más terribles, no le dejaban tranquilo. Sabía que la batalla del día siguiente sería la más espantosa de cuantas había participado, y la posibilidad de la muerte, por primera vez en su vida, sin ninguna relación con todos los vivos, sin pensar en lo que sentirían los otros, no sólo hacia él mismo, sino hacia su alma, se le presentó casi cierta, con una certidumbre simple y descorazonadora. El objetivo de toda esa representación, todo aquello que le preocupaba y le atormentaba, se aclaraba súbitamente, con una claridad fría, blanca, sin sombras, sin perspectivas y sin diferenciación de planos. Toda la vida se le presentaba como una linterna mágica, a través de la cual, como a través de un cristal color de rosa, había mirado durante mucho tiempo las cosas. Pero ahora, de pronto, veía sin ningún cristal interpuesto y a la clara luz del día todas aquellas imágenes mal coloreadas.

«Sí, aquí estáis, falsas imágenes que me habéis conmovido, atormentado y entusiasmado —se decía recordando los cuadros de la linterna mágica de su vida, que en aquel momento veía a

la claridad fría y blanca del día-. Aquí estás, idea de la muerte. He aquí esas figuras pintadas groseramente que se presentan como algo viejo y misterioso, la gloria, el bien público, el amor de la mujer, la patria misma. ¡Qué grandes parecían estos cuadros! ¡De qué sentido tan profundo les creía llenos! Y todo es simple, pálido y grosero a la luz fría de esta mañana que siento que amanece en mí.» Tres dolores de su vida retuvieron particularmente su atención: su amor por la mujer, la muerte de su padre y la invasión francesa que había conquistado media Rusia. «¡El amor...! Aquella muchacha me parecía llena de una dulce fuerza misteriosa. ¿Y qué? La amaba, hacía poéticos planes sobre el amor y sobre la felicidad que gozaría con ella.

¡Buen chico! -pronunció en alta voz, colérico-. ¡Y yo que creía en un amor ideal que debía conservarme toda su fidelidad durante el año de mi ausencia! Igual que la tierna paloma de la fábula, ella debía morir al separarse de mí... Sí, todo es muy sencillo. ¡Todo esto es horriblemente sencillo y feo!»

Guerra y paz. Cap. XIII

REINO UNIDO

• C. DICKENS (1812-1870)



CAPÍTULO PRIMERO

NAZCO

Si soy yo el héroe de mi propia vida o si otro cualquiera me reemplazará, lo dirán estas páginas. Para empezar mi historia desde el principio, diré que nací (según me han dicho y yo lo creo) un viernes a las doce en punto de la noche. Y, cosa curiosa, el reloj empezó a sonar y yo a gritar simultáneamente.

Teniendo en cuenta el día y la hora de nacimiento, la enfermera y algunas comadronas del barrio (que tenían puesto un interés vital en mí bastantes meses antes de que pudiéramos conocernos personalmente) declararon: primero, que estaba predestinado a ser desgraciado en esta vida, y segundo, que gozaría del privilegio de ver fantasmas y espíritus. Según ellas, estos dones eran inevitablemente otorgados a todo niño (de un sexo o de otro) que tuviera la desgracia de nacer en viernes y a medianoche.

No hablaré ahora de la primera de las predicciones, pues esta historia demostrará si es cierta o falsa. Respecto a la segunda, sólo haré constar que, a no ser que tuviera este don en mi primera infancia, todavía lo estoy esperando. Y no es que me queje por haber sido defraudado, pues si alguien está disfrutando de él por equivocación, le agradeceré que lo conserve a su lado.

Nací envuelto en una membrana que se trató de vender, anunciándola en los periódicos, al módico precio de quince guineas. No sé si los marineros en aquella época tendrían poco dinero o si lo que tenían era poca fe y preferían cinturones de corcho; lo que sí sé es que sólo se presentó un comprador, comerciante, que ofrecía por ella dos libras en plata y el resto en jerez, negándose a pagar ni un céntimo más por la seguridad de no morir ahogado. Como la adquisición de los vinos no interesaba a mi pobre madre, pues acababa de vender los suyos, desistió de la venta, después de retirar los anuncios, que tuvo que pagar.

Diez años más tarde mi membrana fue sacada a sorteo en nuestra aldea, al precio de media corona la papeleta y con la condición de que el agraciado con ella pagaría además cinco chelines. Yo estuve presente en el sorteo, y recuerdo que me sentía humillado y confuso de que dispusieran así de una parte de mi persona. Le tocó a una señora que llevaba un gran bolso de mano, del que sacó de muy mala gana los estipulados cinco chelines, todos en medio peniques, y además dio un penique de menos, no sirviendo de nada el tiempo que se perdió en explicaciones y demostraciones aritméticas, pues no lograron convencerla de ello. Y es un hecho, que todos recuerdan como sorprendente, que la señora no murió ahogada, sino triunfalmente en su lecho a los noventa y dos años de edad.

David Copperfield. Cap. I

.....

Oliver observó horrorizado cómo sus compañeros se colocaban detrás del respetable anciano; luego, el Pillastre le metía la mano en el bolsillo y le robaba un pañuelo, para desaparecer finalmente, en un abrir y cerrar de ojos. Fue entonces cuando Oliver entendió que había estado viviendo con una pandilla de ladrones. El terror y la confusión se apoderaron de él y no supo hacer otra cosa que echar a correr. La mala suerte quiso que, en aquel momento, el anciano se diera cuenta del hurto y, al ver a Oliver corriendo, lo tomó por el ratero. Así es que salió en su persecución gritando: "¡Al ladrón! ¡Al ladrón!" Pronto, decenas de personas empezaron a perseguirlo y, aunque Oliver corrió y corrió, finalmente lograron alcanzarlo.

-¿Es éste el muchacho? -preguntaron al caballero.

-Sí, me temo que sí -contestó el anciano.

En aquel momento, llegó un agente y agarró a Oliver por el cuello de la camisa.

-¡No he sido yo! ¡Se lo prometo! -dijo Oliver juntando las manos en tono suplicante.

-¡Levántate de una vez, demonio! -ordenó el agente.

Oliver se incorporó a duras penas a inmediatamente se vio arrastrado por el policía.

-Aquí traigo a un joven cazapañuelos -dijo el agente al entrar a la comisaría.

-Señores -dijo el caballero víctima del robo-, no estoy seguro de que este muchacho haya sido el ladrón. Yo preferiría dejar este asunto...

Sin hacer caso de sus argumentos, el anciano fue conducido a una sala donde se encontraba el juez Fang. Tenía aspecto de hombre autoritario y estaba sentado detrás de una mesa situada sobre un estrado. Al lado de la puerta, había una jaula de madera y, en ella, estaba encerrado Oliver.

-¿Quién es usted? -preguntó el señor Fang.

-Mi nombre es Brownlow, señor -contestó el anciano-. Y antes de prestar juramento rogaría a su señoría que me permitiera decir algo...

-¡Cállese! -ordenó bruscamente el juez.

-¿Cómo? -preguntó el señor Brownlow rojo de ira. Pero comprendió que se tenía que dominar para no perjudicar al pobre Oliver. Cuando llegó su turno, expuso su caso y concluyó diciendo:

-Ruego a su señoría que traten a este muchacho con indulgencia. Me temo que se encuentra muy mal.

-¿Cómo te llamas, pequeño ratero? -preguntó el juez Fang.

Oliver se sentía incapaz de responder porque todo le daba vueltas y más vueltas.

Entonces, Fang se dirigió a un anciano que estaba de pie junto al estrado y preguntó:

-Oficial, ¿cómo se llama este pilluelo?

Éste, al ver que iba a ser imposible sacarle una palabra al muchacho, improvisó un nombre:

-Se llama Tom White.

En aquel punto del interrogatorio, Oliver, con un hilo de voz, suplicó que le dieran un poco de agua.

-¡Cuidado, se va a caer! -gritó el señor Brownlow al ver a Oliver tambalearse. Al instante, Oliver cayó al suelo.

-Ya se levantará cuando se canse -dijo el juez-. Queda condenado a tres meses de trabajos forzados. ¡Despejen la sala!

De repente, un anciano, de digna aunque pobre apariencia, irrumpió en la sala y avanzó hasta el estrado.

-¡No se lleven al muchacho! -gritó-. Yo soy el dueño del puesto de libros donde sucedió el robo. Lo vi todo y juro que él no es el ladrón.

El juez miró con cara de desconfianza a todos los que se encontraban en la sala y dijo con indiferencia:

-El muchacho queda absuelto.

El señor Brownlow, ayudado por el librero, montó a Oliver en su coche y lo llevó a su casa; allí, por primera vez, el muchacho fue cuidado con cariño y bondad.

Oliver Twist.

- R. L. STEVENSON (1850-1894)



Decidimos seguir las indicaciones del capitán. Se repartieron pistolas a todos los hombres seguros; a Hunter, a Joyce y a Redruth se les puso al corriente de lo que pasaba, y recibieron la noticia con menos sorpresa y mejor ánimo de lo que cabía esperar; después el capitán subió a cubierta y les habló a los marineros:

-Muchachos -les dijo-, la jornada ha sido muy dura y este calor es insufrible. Creo que bajar a tierra vendría bien a más de uno. Los botes están ahí, podéis usarlos y pasar la tarde en la isla. Media hora antes de la puesta del sol os avisaré con un cañonazo.

Pienso que la tripulación, en su obcecación, se figuraba que bastaría con desembarcar para dar de narices con los tesoros que allí hubiera, pues su enemistad se disipó en un instante y prorrumpieron en un «¡Hurra!» tan clamoroso, que resonó en el eco desde las lejanas colinas e hizo levantar de nuevo el vuelo de los pájaros que volvieron a cubrir la rada.

El capitán era demasiado astuto para seguir en cubierta. Desapareció como por ensalmo y dejó a Silver organizar aquella expedición. Y creo que obró muy cuerdamente, porque de haber permanecido allí no hubiera podido seguir fingiendo que desconocía la situación, que saltaba a la vista. Porque Silver se reveló como el verdadero capitán de aquella tripulación de amotinados. Los marineros fieles -y pronto se demostró que aún quedaban algunos- debían ser muy duros de mollera, o, más bien, lo que seguramente ocurría es que todos se hallaban, unos más y otros menos, descontentos de sus cabecillas, y unos pocos, que en el fondo eran buena gente, ni querían ir ni hubieran permitido que se les llevara más lejos. Porque una cosa era hacerse los remolones y no cumplir las órdenes, y otra bien distinta apoderarse violentamente de un navío y asesinar a unos inocentes.

Se organizó la expedición. Seis marineros quedaron a bordo y los trece restantes, entre ellos Silver, embarcaron en los botes.

Entonces fue cuando se me ocurrió la primera de las descabelladas ideas que tanto contribuyeron a salvar nuestras vidas. Porque pensé que, si Silver había dejado seis hombres a bordo, era evidente que nosotros no podríamos hacernos con el barco y defenderlo; y por otra parte, siendo seis, tampoco mi presencia hubiera servido de mucha ayuda. Y se me ocurrió desembarcar también. Y, sin pensarlo dos veces, me descolgué por una banda y me acurruqué en el castillo de proa del bote más cercano, en el mismo momento en que empezó a moverse.

Nadie hizo caso de mi presencia, y el remero de proa me dijo:

-¿Eres tú, Jim? Agacha la cabeza.

Pero Silver, que iba en otro bote, miró inmediatamente hacia el nuestro, y gritó preguntando si yo estaba allí; y desde aquel momento empecé a arrepentirme de mi decisión.

Las dos tripulaciones competían por llegar los primeros a la costa, pero mi bote, que era más ligero que el otro, tomó delantera y atracó antes junto a los árboles de la orilla. Yo me agarré a una rama para saltar fuera y procuré desaparecer lo antes posible en la espesura, pero en ese momento oí la voz de Silver, que con los demás se encontraba a cien varas de distancia:

-Jim! Jim! -me gritó.

Esto hizo que yo aligerase aún más el paso, como es lógico imaginar; y saltando por entre las ramas como alma que lleva el diablo, corrí tierra adentro hasta que no pude más de cansancio.

La isla del tesoro. Cap. XIII

.....

Tal satisfacción me produjo el haber conseguido despistar a John «el Largo», que hasta empecé a sentir un cierto gozo al contemplar aquel paisaje extraño que me rodeaba.

Había cruzado en mi carrera un terreno pantanoso, poblado de sauces, juncos y exóticos árboles de ciénaga, y me encontraba entonces en un calvero de dunas, como de una milla de ancho, salpicado aquí y allá por algún pino y una serie de árboles con retorcidos troncos que a primera vista parecían robles, pero cuyo follaje era más pálido, como el de los sauces. Al otro extremo del arenal se alzaba uno de los montes con dos picos escarpados que resplandecían bajo el sol.

Por primera vez sentí el placer de explorar. La isla no estaba habitada; mis compañeros se habían quedado muy atrás, y ante mí no palpitaba más que la vida salvaje de misteriosos animales y extrañas plantas. Anduve vagando sin rumbo bajo los árboles. A cada paso descubría plantas en flor que me eran desconocidas; vi alguna serpiente, y una de ellas irguió de improviso su cabeza sobre un peñasco y escuché su silbido áspero como el de un trompo al girar. ¡Si hubiera sabido que se trataba de un enemigo mortal y que aquel sonido era el famoso cascabel!

Después fui a dar a un extenso bosque de árboles como aquellos parecidos al roble -más tarde supe que eran encinas- y que crecían como zarzas muy bajas a ras de la arena, constituyendo un espeso matorral. El bosque se extendía bajando desde lo alto de una de las grandes dunas y ensanchándose y creciendo en altura hasta la ribera de la ciénaga; los juncos cubrían ésta y a través de ella el más cercano de los riachuelos se filtraba hasta el fondeadero. La ciénaga exhalaba una espesa niebla que irisaba la luz del sol y la silueta del Catalejo se dibujaba borrosa a través de la bruma.

De pronto escuché como un aletear entre los juntos, y vi un pato silvestre que levantaba el vuelo con un graznido y en un instante todo el pantano fue cubierto por una nube de patos en la inmensa espiral de su vuelo. Deduje que alguno de los marineros debía estar acercándose por aquel lado, y no me equivoqué, pues no tardé mucho en oír un rumor lejano y el débil sonido de algunas voces que iban acercándose; agucé el oído intentando averiguar quiénes eran y, sobresaltado por el temor, me escondí bajo la encina que más cerca tenía y, allí agazapado, todo oídos, casi sin respiración, aguardé.

Una voz ya más clara contestó a la que primero había oído, y reconocí la voz de Silver, que, respondiendo a alguna cuestión, se explayaba en un largo comentario sólo de vez en cuando interrumpido por el otro. Por el tono parecía que ambos se expresaban con enfado, y aun casi con ira; pero no pude entender nada de lo que decían

Después se callaron, y creo que tomaron asiento, pues no los sentí acercarse más y hasta las aves se calmaron y volvieron a posarse sobre la marisma.

Entonces me di cuenta de que estaba faltando a mi deber, ya que, si había sido tan insensato como para saltar a tierra con aquellos filibusteros, lo menos que se me exigía era sorprender sus planes y conciliábulos, y por tanto mi deber era acercarme a ellos lo más posible, escondido en aquella maleza tan propicia y escuchar. Fui guiándome por el rumor de sus voces y por la inquietud de los pájaros que aún volaban alarmados por el ruido que hacían aquellos dos intrusos.

Arrastrándome a cuatro patas avancé procurando no hacer el más pequeño ruido; y al fin, espiando por un hueco de la maleza, los vi en una pequeña barranca muy verde, junto a la ciénaga, toda rodeada de árboles; allí estaban John «el Largo» y otro marinero. El sol les daba de lleno. Silver había arrojado su sombrero al suelo junto a él, y su enorme, lisa y rubicunda faz, perlada de sudor, se enfrentaba al otro con lastimera expresión:

-Compañero -le decía-, si no fuera porque creo que vales tanto como el oro molido, oro molido, tenlo por seguro!, si no te hubiera cogido tanto cariño como a un hijo, ¿tú crees que yo estaría aquí previniéndote? La suerte está echada y lo que tenga que ser será. Y lo único que quiero es salvarte el cuello. Si alguno de esos perdidos supiera lo que te estoy diciendo, ¿qué sería de mí? Dime, Tom, ¿qué sería de mí?

-Silver -exclamó el otro. Y observé que no sólo su rostro estaba encendido, sino que su voz temblaba como un cabo tenso-, usted es ya viejo, y es honrado, o al menos tiene fama de serlo, y tiene dinero, lo que no suele pasar a muchos pobres navegantes, y es valiente, o mucho me equivoco. ¿Y con todo eso pretende usted hacerme creer que esa gentuza puede arrastrarlo a la fuerza? No puede usted seguirles. Tan cierto como que Dios nos está viendo, que antes me dejaría yo cortar el brazo derecho que faltar a mi deber.

Un ruido extraño interrumpió sus palabras. Por fin había descubierto yo a uno de los marineros leales. Y no tardaría en saber de otro.

La isla del tesoro.

.....

Ha sido por el lado moral, y sobre mi propia persona, donde he aprendido a reconocer la fundamental y originaria dualidad del hombre. Considerando las dos naturalezas que se disputaban el campo de mi conciencia, entendí que se podía decir, con igual verdad, ser una como ser otra, era porque se trataba de dos naturalezas distintas; y muy pronto, mucho antes que mis investigaciones científicas me hicieran lejanamente barruntar la posibilidad de un milagro así, aprendí a cobijar con placer, como en un bonito sueño con los ojos abiertos, el pensamiento de una separación de los dos elementos. Si éstos, me decía, pudiesen encarnarse en dos identidades separadas, la vida se haría mucho más soportable. El injusto se iría por su camino, libre de las aspiraciones y de los remordimientos de su más austero gemelo; y el justo podría continuar seguro y voluntarioso por el recto camino en el que se complace, sin tenerse que cargar de vergüenzas y remordimientos por culpa de su malvado socio. Es una maldición para la humanidad, pensaba, que estas dos incongruentes mitades se encuentren ligadas así,

que estos dos gemelos enemigos tengan que seguir luchando en el fondo de una sola y angustiosa conciencia.

(...)

Empecé entonces a reflexionar, con más seriedad de la que había puesto hasta ahora, sobre las dificultades y los peligros de mi doble existencia. Esa otra parte de mí, que tenía el poder de proyectar, había tenido tiempo de ejercitarse y afirmarse cada vez más; me había parecido, últimamente, que Hyde hubiera crecido, y en mis mismas venas (cuando tenía esa forma) había sentido que fluía la sangre más abundantemente. Percibí el peligro que me amenazaba. Si seguían así las cosas, el equilibrio de mi naturaleza habría terminado por trastocarse: no habría tenido ya el poder de cambiar y me habría quedado prisionero para siempre en la piel de Hyde.

Mi preparado no se había demostrado siempre con la misma eficacia. Una vez, todavía al principio, no había tenido casi efecto; otras veces había sido obligado a doblar la dosis, y hasta en un caso a triplicarla, con un riesgo muy grave de la vida. Pero después de ese incidente me di cuenta de que la situación había cambiado: si al principio la dificultad consistía en desembarazarme del cuerpo de Jekyll desde hace algún tiempo gradual pero decididamente el problema era al revés. O sea, todo indicaba que yo iba perdiendo poco a poco el control de la parte originaria y mejor de mí mismo, y poco a poco identificándome con la secundaria y peor.

Entonces sentí que tenía que escoger entre mis dos naturalezas. Estas tenían en común la memoria pero compartían en distinta medida el resto de las facultades. Jekyll, de naturaleza compuesta, participaba a veces con las más vivas aprensiones y a veces con ávido deseo en los placeres y aventuras de Hyde; pero Hyde no se preocupaba lo más mínimo de Jekyll, como máximo lo recordaba como el bandido de la sierra recuerda la cueva en la que encuentra refugio cuando lo persiguen. Jekyll era más interesado que un padre, Hyde más indiferente que un hijo. Elegir la suerte de Jekyll era sacrificar esos apetitos con los que hace un tiempo era indulgente, y que ahora satisfacía libremente; elegir la de Hyde significaba renunciar a miles de intereses y aspiraciones, convertirse de repente y para siempre en un desecho, despreciado y sin amigos.

El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde.

Capítulo 10 (La confesión de Henry Jekyll)

• J. CONRAD (1857-1924)



Un sonido metálico a mis espaldas me hizo volver la cabeza. Seis negros avanzaban en fila, ascendiendo con esfuerzo visible el sendero. Caminaban lentamente, el gesto erguido, balanceando pequeñas canastas llenas de tierra sobre las cabezas. Aquel sonido se acompañaba con sus pasos. Llevaban trapos negros atados alrededor de las cabezas y las puntas se movían hacia adelante y hacia atrás como si fueran colas. Podía verles todas las costillas; las uniones de sus miembros eran como nudos de una cuerda. Cada uno llevaba atado al cuello un collar de hierro, y estaban atados por una cadena cuyos eslabones colgaban entre ellos, con un rítmico sonido. Otro estampido de la roca me hizo pensar de pronto en aquel barco de guerra que había visto disparar contra la tierra firme. Era el mismo tipo de sonido ominoso, pero aquellos hombres no podían, ni aunque se forzara la imaginación, ser llamados enemigos. Eran considerados como criminales, y la ley ultrajada, como las bombas que estallaban, les había llegado del mar cual otro misterio igualmente incomprensible. Sus pechos delgados jadeaban al unísono. Se estremecían las aletas violentamente dilatadas de sus narices. Los ojos contemplaban impávidamente la colina. Pasaron a seis pulgadas de donde yo estaba sin dirigirme siquiera una mirada, con la más completa y mortal indiferencia de salvajes infelices. Detrás de aquella materia prima, un negro amasado, el producto de las nuevas fuerzas en acción, vagaba con desaliento, llevando en la mano un fusil. Llevaba una chaqueta de uniforme a la que le faltaba un botón, y al ver a un hombre blanco en el camino, se llevó con toda rapidez el fusil al hombro. Era un acto de simple prudencia; los hombres blancos eran tan parecidos a cierta distancia que él no podía decir quién era yo. Se tranquilizó pronto y con una sonrisa vil, y una mirada a sus hombres, pareció hacerme partícipe de su confianza exaltada. Después de todo, también yo era una parte de la gran causa, de aquellos elevados y justos procedimientos.

El corazón de las tinieblas.

.....

Árboles, árboles, millones de árboles, masas inmensas de ellos, elevándose hacia las alturas; y a sus pies, navegando junto a la orilla, contra la corriente, se deslizaba aquel vapor lisiado, como se arrastra un escarabajo perezoso sobre el suelo de un elevado pórtico. Uno tenía por fuerza que sentirse muy pequeño, totalmente perdido, y sin embargo aquel sentimiento no era deprimente. Después de todo, por muy pequeño que fuera, aquel sucio animalillo seguía arrastrándose, y eso era lo que se le pedía. A dónde imaginaban arrastrarse los peregrinos, eso sí que no lo sé. Hacia algún lugar del que esperaban obtener algo, creo. En cuanto a mí,

el escarabajo se arrastraba exclusivamente hacia Kurtz. Pero cuando el casco comenzó a hacer agua nos arrastramos muy lentamente. Aquellas grandes extensiones se abrían ante nosotros y volvían a cerrarse, como si la selva hubiera puesto poco a poco un pie en el agua para cortarnos la retirada en el momento del regreso. Penetramos más y más espesamente en el corazón de las tinieblas. Allí había verdadera calma. A veces, por la noche, un redoble de tambores, detrás de la cortina vegetal, corría por el río, se sostenía débilmente, se prolongaba, como si revoloteara en el aire por encima de nuestras cabezas, hasta la primera luz del día. Si aquello significaba guerra, paz u oración es algo que no podría decir. La aurora se anunciaba por el descenso de una desapacible calma; los leñadores dormían, sus hogueras se extinguían; el chasquido de una rama lo podía llenar a uno de sobresalto. Éramos vagabundos en medio de una tierra prehistórica, de una tierra que tenía el aspecto de un planeta desconocido. Nos podíamos ver a nosotros mismos como los primeros hombres tomando posesión de una herencia maldita, sobreviviendo a costa de una angustia profunda de un trabajo excesivo. Pero, de pronto, cuando luchábamos para cruzar un recodo, podíamos vislumbrar unos muros de juncos técnicos de hierba puntiagudos, un estallido de gritos, un revuelo de músculos negros, una multitud de manos que palmoteaban, de pies que pateaban, de cuerpos en movimiento, de ojos furtivos, bajo la sombra de pesados e inmóviles follajes. El vapor se movía lenta y dificultosamente al borde de un negro e incomprensible frenesí. ¿Nos maldecía, nos imprecaba, nos daba la bienvenida el hombre prehistórico? ¿Quién podría decirlo? Estábamos incapacitados para comprender todo lo que nos rodeaba; nos deslizábamos como fantasmas, asombrados y con un pavor secreto, como pueden hacerlo los hombres cuerdos ante un estallido de entusiasmo en una casa de orates. No podíamos entender porque nos hallábamos muy lejos, y no podíamos recordar porque viajábamos en la noche de los primeros tiempos, de esas épocas ya desaparecidas, que dejan con dificultades alguna huella... pero ningún recuerdo.

La tierra no parecía la tierra. Nos hemos acostumbrado a verla bajo la imagen encadenada de un monstruo conquistado, pero allí... allí podía vérsela como algo monstruoso y libre. Era algo no terrenal y los hombres eran... No, no se podía decir inhumanos. Era algo peor, sabéis, esa sospecha de que no fueran inhumanos. La idea surgía lentamente en uno. Aullaban, saltaban, se colgaban de las lianas, hacían muecas horribles, pero lo que en verdad producía estremecimiento era la idea de su humanidad, igual que la de uno, la idea del remoto parentesco con aquellos seres salvajes, apasionados y tumultuosos.

El corazón de las tinieblas.

• CHARLOTTE BRONTË (1816-1855)



La prueba que yo sufría era terrible. Una mano de hierro desgarraba mi alma. ¡Oh, qué tremendo momento, qué esfuerzo, qué lucha conmigo misma! Ninguna mujer había sido más amada que yo lo era, yo idolatraba a quien me amaba así, y era preciso renunciar al amor de mi ídolo... Porque mi deber, mi insoportable deber estaba bien claro: debía partir.

-¿Has entendido lo que deseo de ti, Jane? Sólo esta promesa: «Seré tuya, Edward».

-No seré suya, Mr. Rochester. Siguió otro largo silencio.

-Jane -comenzó él, en un tono que me intimidó, porque recordaba el rugido de un león-, ¿quieres decir que te propones seguir un camino distinto al mío?

-Sí.

-¿Y ahora, Jane? -dijo, inclinándose hacia mí y abrazándome.

-También.

-¿Y ahora? -dijo, besando dulcemente mi frente y mis mejillas.

-También -repuse, librándome de sus brazos. -¡Oh, Jane, esto es doloroso, es inicuo!

-No hay más remedio.

Bajo sus cejas brilló una terrible mirada. Se incorporó, pero logró dominarse. Me apoyé en una silla para no caer. Estaba espantada, temblorosa, pero no por ello menos decidida.

-Un instante, Jane. Piensa en lo que será mi horrible vida cuando te hayas ido. Contigo se irá toda mi felicidad. ¿Qué me quedará? ¡Esa loca de ahí arriba! ¡Como si me quedara un cadáver en el cementerio! ¿Qué haré? ¿Dónde hallaré compañía y consuelo?

-Donde yo. En Dios y en usted mismo. Confíe en que volveremos a encontrarnos en el cielo.

-¿No quieres ayudarme?

-No.

-¿Me condenas a vivir miserablemente y a morir maldito? -exclamó, alzando la voz.

-Le aconsejo que viva librándose de pecar y le deseo que muera en paz.

-¿Me privas del amor puro? ¿Me obligas a que caiga en la pasión y en el vicio?

-No hago con usted más que lo que hago conmigo misma. Todos hemos nacido para sufrir; soportemos el sufrimiento. Antes me olvidará usted a mí que yo a usted.

-Veo que me consideras un embustero. Te digo que me será imposible cambiar y tú me dices que cambiaré muy pronto. ¡Qué error en tus juicios y cuánta perversidad en tus ideas acredita tu conducta! Para ti vale más sumir en la desesperación a un ser humano que transgredir una ley meramente convencional sin perjudicar a nadie. ¡Porque no tienes amigos ni parientes que puedan juzgarte mal si vives conmigo!

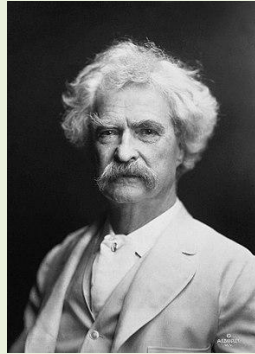
Esto era cierto, y al oírle mi conciencia y mi razón se rebelaron contra mí, calificando de crimen mi resistencia a escucharle. El sentimiento murmuraba en mi interior: «Piensa en su miseria, piensa en los riesgos a que le expones abandonándole, piensa en su desesperación. Sálvale, pues, ámale y dile que le amas. ¿Quién se preocupa de ti en el mundo? ¿Quién te pedirá cuenta de tus acciones?»

La réplica fue inmediata: «Yo me preocupo de mí. Cuanto más sola, con menos amigos y más abandonada me encuentre, más debo cuidar de mi decoro. Respetaré la ley dada por Dios y sancionada por los hombres. Seguiré los principios que me fueron inculcados cuando estaba en mi plena razón y no loca, como ahora me siento. Las leyes y los principios no son para observarlos cuando no se presenta la ocasión de romperlos, sino para acordarse de ellos en los momentos de prueba, cuando el cuerpo y el alma se sublevaran contra sus rigores. La ley y los principios tienen un valor, como siempre he creído, excepto ahora, que estoy perturbada (lo estoy puesto que por mis venas corre fuego y mi corazón late de un modo tal, que no puedo contener sus latidos). No debo moverme en otro terreno, sino en el seguro de los conceptos admitidos como buenos, en el de las determinaciones previstas para casos como éste. Desenvolvámonos, pues, en él.»

Jane Eyre. Cap. XXVII

ESTADOS UNIDOS

- MARK TWAIN (1835-1910)



Tom y yo teníamos que dormir en la misma habitación y en la misma cama, así que, como estábamos cansados nos despedimos y nos fuimos a acostar inmediatamente después de cenar, salimos por la ventana y bajamos por el pararrayos para ir al pueblo, pues no creía que nadie fuera a decirles ni palabra al rey y al duque, así que si no corría yo a avisarles, seguro que se iban a meter en un buen jaleo.

Por el camino Tom me contó que todo el mundo se había creído lo de mi asesinato y que padre había desaparecido en seguida y no había vuelto, y el jaleo que se armó cuando Jim se escapó, y yo le conté a Tom toda la historia de nuestros caraduras de «La Realeza Sin Par», y todo lo que me dio tiempo a contarle de nuestro viaje en balsa, y cuando llegamos al pueblo, hacia la parte del centro (serían ya las ocho y media), apareció un montón de gente corriendo con antorchas, dando gritos y aullidos y golpeando cacerolas y soplando en cuernos; nos hicimos a un lado para dejarlos pasar y vi que llevaban al rey y el duque montados en un raíl, es decir, supe que eran el rey y el duque, aunque los habían embadurnado de alquitrán y plumas y no parecían seres de este mundo, sino una especie de plumeros monstruosos. Bueno, lamenté verlos y lo sentí por aquellos pobres sinvergüenzas, como si ya no pudiera tener nada contra ellos. Resultaba horrible contemplarlo. Los seres humanos pueden ser terriblemente crueles unos con otros. Vimos que habíamos llegado tarde, que no podíamos hacer nada ya. Preguntamos a algunos de los rezagados qué había pasado y dijeron que todo el mundo había ido a la función con caras de inocentes y se habían quedado tan tranquilos y en silencio hasta que el pobre del rey estaba en medio de sus piruetas en el escenario; entonces alguien dio una señal y todo el público se levantó y se lanzó contra ellos.

Así que volvimos a casa y yo ya no me sentí tan orgulloso como antes, sino como encogido y avergonzado y como si tuviera la culpa, aunque no había hecho nada. Pero es lo que pasa siempre; no importa que uno haga las cosas bien o mal, porque la conciencia no tiene sentido común y siempre se le echa a uno encima pase lo que pase. Si yo tuviera un perro amarillo que no fuera más inteligente que la conciencia de las personas, lo envenenaría. Ocupa más espacio que todo lo demás, y sin embargo, no sé por qué, no vale para nada. Tom Sawyer dice lo mismo.

Las aventuras de Huckleberry Finn. Cap. XXXIII

.....

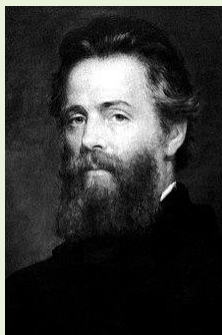
Dio la vuelta a toda la manzana y vino a parar a una calleja fangosa, por detrás del establo donde su tía tenía las vacas. Ya estaba fuera de todo peligro de captura y castigo, y se encaminó apresurado hacia la plaza pública del pueblo, donde dos batallones de chicos se habían reunido para librar una batalla, según tenían convenido. Tom era general de uno de los dos ejércitos; Joe Harper (un amigo del alma), general del otro. Estos ilustres caudillos no descendían hasta luchar personalmente -eso se quedaba para la morralla-, sino que se sentaban mano a mano en un lugar elevado y desde allí conducían las marciales operaciones dando órdenes que transmitían sus ayudantes de campo. El ejército de Tom ganó una gran victoria tras rudo y tenaz combate. Después se contaron los muertos, se canjearon prisioneros y se acordaron los términos del próximo desacuerdo; y hecho esto, los dos ejércitos formaron y se fueron, y Tom se volvió solo hacia su morada.

Al pasar junto a la casa donde vivía Jeff Thatcher vio en el jardín a una niña desconocida: una linda criaturita de ojos azules, con el pelo rubio peinado en dos largas trenzas, delantal blanco de verano y pantalón con puntillas. El héroe, recién coronado de laureles, cayó sin disparar un tiro. Una cierta Amy Lawrence se disipó en su corazón y no dejó ni un recuerdo detrás. Se había creído locamente enamorado, le había parecido su pasión, un fervoroso culto, y he aquí que no era más que una trivial y efímera debilidad. Había dedicado meses a su conquista, apenas hacía una semana que ella se había rendido, él había sido durante siete breves días el más feliz y orgulloso de los chicos; y allí en un instante la había despedido de su pecho sin un adiós.

Adoró a esta repentina y seráfica aparición con furtivas miradas hasta que notó que ella le había visto; fingió entonces que no había advertido su presencia, y empezó «a presumir» haciendo toda suerte de absurdas e infantiles habilidades para ganarse su admiración.

Las aventuras de Tom Sawyer. Cap. III

• HERMAN MELVILLE (1819-1891)



Llamadme Ismael. Hace unos años -no importa cuánto hace exactamente-, teniendo poco o ningún dinero en el bolsillo, y nada en particular que me interesara en tierra, pensé que me iría a navegar un poco por ahí, para ver la parte acuática del mundo. Es un modo que tengo de echar fuera la melancolía y arreglar la circulación. Cada vez que me sorprende poniendo una boca triste; cada vez que en mi alma hay un nuevo noviembre húmedo y lloviznoso; cada vez que me encuentro parándome sin querer ante las tiendas de ataúdes; y, especialmente, cada vez que la hipocondría me domina de tal modo que hace falta un recio principio moral para impedirme salir a la calle con toda deliberación a derribar metódicamente el sombrero a los transeúntes, entonces, entiendo que es más que hora de hacerme a la mar tan pronto como pueda. Es mi sustitutivo de la pistola y la bala. Con floreo filosófico. Catón se arroja sobre su espada; yo, calladamente, me meto en el barco. No hay nada sorprendente en esto. Aunque no lo sepan, casi todos los hombres, en una o en otra ocasión, abrigan sentimientos muy parecidos a los míos respecto del océano.

Moby Dick. Cap. I

.....

Con el rumbo que había llevado, el viento había quedado más o menos a popa del Pequod, de modo que ahora, al tomar rumbo en dirección opuesta, el barco así braceado navegó proa al viento volviendo a agitar la espuma de su propia estela blanca.

-A contraviento, ahora pone rumbo a la mandíbula abierta –murmuró Starbuck para sí, adujando sobre la batayola la braza mayor recién cazada-. Dios nos guarde, pero ya siento los huesos húmedos dentro de mí, y mi carne mojada por dentro. ¡Sospecho que desobedezco a mi Dios al obedecerle!

-¡Preparados para izarme! –gritó Ahab, avanzando hacia el cesto de cáñamo-. Pronto la encontraremos.

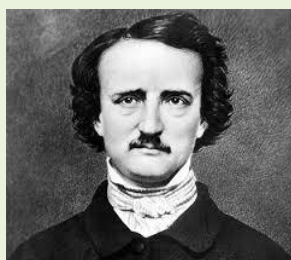
-Sí, sí, capitán –e inmediatamente Starbuck hizo lo que le pedía Ahab, y una vez más Ahab se balanceó en lo alto.

Pasó entonces toda una hora, batihojada hasta hacerse siglo. El propio tiempo entonces contenta largamente sus respiros con la punzante suspensión. Pero al fin, a unas tres cuartas a proa, a barlovento, Ahab volvió a avistar el chorro, y al momento, de las tres cogas subieron tres gritos como si las lenguas de fuego les hubieran dado voz.

-¡Frente a frente te encuentro, esta tercera vez, Moby Dick! ¡Eh, a cubierta! –Bracead más a ceñir; aguantadlo proa al viento! Todavía está muy lejos para arriar lanchas, Sarbuck. ¡Las velas dan gualdrapazos! ¡Ponte detrás de ese timonel con un mazo en la mano! Eso, eso; navega deprisa, y tengo que bajar. Pero dejadme que eche a mi alrededor otra buena mirada al mar desde lo alto; hay tiempo para ello. Un espectáculo viejo, muy viejo; sí, y no ha cambiado en nada desde la primera vez que lo vi, siendo muchacho, en los cerros de arena de Nantucket. ¡El mismo, el mismo! El mismo para Noé que para mí.

Moby Dick. Cap. XXXCCCV

• EDGAR ALLAN POE (1809-1849)



Y entonces, para mi caída final e irrevocable, se presentó el espíritu de la perversidad. La filosofía no tiene en cuenta a este espíritu; y, sin embargo, tan seguro estoy de que mi alma existe como de que la perversidad es uno de los impulsos primordiales del corazón humano, una de las facultades primarias indivisibles, uno de esos sentimientos que dirigen el carácter del hombre. ¿Quién no se ha sorprendido a sí mismo cien veces en momentos en que cometía una acción tonta o malvada por la simple razón de que no debía cometerla? ¿No hay en nosotros una tendencia permanente, que enfrenta descaradamente al buen sentido, una tendencia a transgredir lo que constituye la Ley por el solo hecho de serlo? Este espíritu de perversidad se presentó, como he dicho, en mi caída final. Y el insondable anhelo que tenía mi alma de vejarse a sí misma, de violentar su propia naturaleza, de hacer mal por el mal mismo, me incitó a continuar y, finalmente, a consumir el suplicio que había infligido a la inocente bestia. Una mañana, obrando a sangre fría, le pasé un lazo por el pescuezo y lo ahorqué en la rama de un árbol; lo ahorqué mientras las lágrimas manaban de mis ojos y el más amargo remordimiento me apretaba el corazón; lo ahorqué porque recordaba que me había querido y porque estaba seguro de que no me había dado motivo para matarlo; lo ahorqué porque sabía que, al hacerlo, cometía un pecado, un pecado mortal que comprometería mi alma hasta llevarla -si ello fuera posible- más allá del alcance de la infinita misericordia del Dios más misericordioso y más terrible.

El gato negro.